

CAPITULO XVII.

El placer y dolor sensibles.

140. De las sensaciones, unas producen placer, otras dolor. Por lo comun las saludables son placenteras, y las nocivas dolorosas; de esta suerte la naturaleza nos avisa de lo que nos aprovecha ó nos daña. La falta de alimentacion nos perjudica, y prolongada por algun tiempo acabaria con nuestra existencia; por esta razon experimentamos el hambre, sensacion dolorosa que nos advierte el peligro. La comida nos es saludable, y así sentimos en ella un placer; el exceso en la cantidad nos daña; para prevenirle se nos ha dado el disgusto en ciertos casos, y en otros los dolores. Seria fácil recorrer todos los placeres y dolores sensibles, y probar que aquellos tienen por causa un acto provechoso á nuestra organizacion, y éstos uno dañoso. En los brutos animales la medida del placer está fijada por el instinto, y así es que rara vez se esceden; pero al hombre como dotado de razon, se le ha dejado mayor amplitud; y así es que cuando se entrega al placer con exceso, lo que en un principio era útil se convierte en nocivo, pagando con crueles enfermedades, y no pocas veces con la vida, el haber trastornado con sus desórdenes las leyes de la naturaleza.

141. El dolor que resulta de ciertas sensaciones nos es absolutamente necesario. Supóngase que el fuego aplicado á nuestros órganos no nos causa una impresion dolorosa, podria muy bien suceder que una parte de ellos se hallase ya destruida cuando advirtiésemos la presencia del fuego. Las sustancias venenosas introducidas en el estómago causan dolores atroces; si esto no sucediera, el veneno habria ejercido su accion mortal sin que fuésemos advertidos del peligro que nos amenazaba.

142. Entre los filósofos que han buscado la causa del placer y del dolor, algunos la atribuyen á la reflexion; esto es inadmisibile. Muchas sensaciones nos causan una impresion placentera ó dolorosa, anteriormente á todo acto reflexivo; ¿quién necesita de reflexiones para sentir el dolor de una quemadura? El niño experimenta dolores mucho antes que pueda reflexionar: testigo el llanto con que los manifiesta desde su nacimiento. El placer y el dolor en muchas sensaciones son hechos primitivos invariablemente unidos, y tal vez identificados con ellas; fenómenos simples que no podemos descomponer, y que solo debemos consignar. Lo que de ellos conocemos es su objeto, su alto fin, que es la conservacion y perfeccion del individuo y de la especie; su limite moral, pues somos castigados por nuestra misma organizacion cuando faltamos á las sábias leyes que nos ha impuesto el Criador.

143. No todas las sensaciones producen placer ó dolor, propiamente dichos; las hay que ó parecen del todo indiferentes, ó que cuando menos nos causan este placer ó dolor en un grado tan débil que apenas llegamos á percibirlos. Continuamente estamos experimentando sensaciones de esta clase, vemos muchedumbre de objetos que no nos agradan ni ofenden; oímos sonidos que nos son indiferentes; sentimos el contacto de cuerpos que no nos complace ni mortifica. Sin embargo, preciso es advertir que aunque el placer y dolor propiamente dichos solo se hallen en las sensaciones vivas que tienen relaciones especiales con nuestra conservacion, parece que las sensaciones indiferentes traen consigo un cierto bienestar que á su modo puede llamarse

placer, y que, si bien nos afectan débilmente considerándose cada impresion en particular, la reunion de ellas produce un conjunto agradable que ameniza la vida. Cuando estamos acostumbrados á la luz de un aposento, disfrutamos de ella sin sentir placer especial; pero si esta luz se nos quitase obligándonos á permanecer á oscuras, experimentaríamos una pena insoportable. Esto prueba que la luz nos causaba continuamente una impresion de placer, aunque débil, y que el conjunto de estas sensaciones formaba un bienestar de que no podemos estar privados sin mucho padecimiento.

144. En esto mismo podemos admirar la sabiduría del Autor de la naturaleza. Los placeres y los dolores no pueden ser muy intensos sin que se afecte profundamente nuestra organizacion; un goce ó un dolor muy vivos acabarian pronto con nuestra existencia. Por esta razon no los experimentamos sino en ocasiones contadas, y cuando hay para ello un motivo especial. Los que infringen esta ley procurándose sin cesar goces intensos, agotan pronto la fuente de la vida, acaban por no encontrar placer en nada, y apresuran el fin de sus dias con una caducidad precoz. Dios ha querido que fuésemos parcios en el goce de los placeres; y á mas de prescribirnoslo espresamente, nos ha obligado á ello por las mismas leyes de nuestra organizacion. El placer moderado que resulta de un ejercicio legítimo de nuestras funciones, lo ha esparcido el Criador sobre toda nuestra vida, como un aroma suave que la ameniza y conserva; tal es el bienestar que procede de una perfecta salud, y del uso de nuestras facultades dentro de los limites señalados por la razon y la moral.

145. El placer ausente produce deseo de alcanzarle; y cuando está presente causa el deseo de continuarle, hasta que el cansancio de los órganos engendra el fastidio. El dolor ausente ó presente da origen al sentimiento de aversion, especie de fuga interior con que el ser viviente procura apartarse de lo que le daña. Cuando estas inclinaciones sensibles se hallan solas, sin la direccion de la razon, como sucede en los brutos, se las ve limitadas á lo que conduce á la conservacion del individuo y de la especie; pero si se encuentran en un ser dotado de facultades superiores, como el hombre, sufren mil modificaciones á causa del libre albedrío que las modera ó las desordena. Así es que vemos en el hombre los dos extremos; en unos la represion de las inclinaciones sensibles, hasta un punto que supera las fuerzas naturales; en otros el desencadenamiento de estas mismas inclinaciones hasta el deplorable exceso de consumir en breve tiempo la vida del individuo. Estos extremos son una prueba evidente de que hay en el hombre facultades superiores, cuyo impulso ordena ó desordena el ejercicio de las inferiores; y por tanto éstas le han sido dadas bajo condiciones muy diferentes de las que se hallan en los brutos.

146. Esos fenómenos sensibles que llamaremos en general inclinaciones, aunque estén ligados con los demas, se distinguen por un carácter especial, que es el impeler al viviente hácia los objetos. Para completar las funciones de la vida animal no bastaria que éste tuviera las representaciones de otros seres; es preciso que haya en él ciertas afecciones sensibles que á manera de resortes le impelan á buscar lo que le conviene, y huir de lo que le daña. En el hombre, algunas de estas inclinaciones tienen relaciones especiales con la razon y la moral.

CAPITULO XVIII.

El sentimiento.

147. Se ha explicado en el capítulo anterior que á mas de la sensibilidad interna que podríamos llamar representativa, tenemos otra que denominaremos afectiva. Esta no nos ofrece objetos, sino que nos pone en relacion con ellos, inclinándonos ó apartándonos de los mismos. A un padre le ocurre la imágen de su hijo que se halla viajando por países remotos, en esto se ve el ejercicio de la imaginacion, representando. Al recordar á su hijo experimenta el padre una impresion de tierno amor hácia él, un deseo de verle, de abrazarle antes de bajar al sepulcro; aquí se ve el ejercicio de una facultad, no representativa sino afectiva, que no ofrece un objeto, sino que inclina hácia él.

148. En la sensibilidad afectiva conviene distinguir entre las inclinaciones que se ordenan inmediatamente á la conservacion del individuo ó de la especie, y las que tienen un objeto diverso. A las primeras se las debe llamar apetitos, á las segundas sentimientos: aquellos nos son comunes con los brutos, éstos son esclusivo patrimonio del hombre.

149. No pertenecen á esta obra las discusiones sobre la naturaleza ni el sitio de los órganos que sirven al ejercicio de la facultad del sentimiento; basta consignar que es un hecho indudable la relacion de este ejercicio con las especiales disposiciones de la organizacion. Entre los varios individuos se ven diferencias muy notables; unos son naturalmente alegres, otros melancólicos; unos pacíficos, otros iracundos; aconteciendo lo mismo en todas las demas pasiones, y descubriéndose estas diferencias independientemente de la educacion. Hasta en un mismo individuo los sentimientos se modifican segun la disposicion del cuerpo; ¿quién ignora que ciertas enfermedades producen tristeza, temor ó pusilanimidad? Aun en estado de perfecta salud, ¿quién no se ha notado diferente de sí propio, segun las variedades del clima, temperatura, alimentos ú otras causas que afectan al cuerpo?

150. En los objetos de los sentimientos y en el modo con que nacen en nuestra alma, se ve lucir una facultad superior á la puramente sensitiva. El sentimiento de lo sublime, de lo bello; el amor de la patria, de la virtud; la admiracion por las grandes acciones; el entusiasmo y otros sentimientos semejantes, no pueden encontrarse en un ser que no comprenda un orden de cosas muy superior al mundo sensible.

151. Es de notar que aun aquellos sentimientos de que parecen participar los brutos, como el amor maternal, se hallan en el hombre con una constancia y sobre todo con una grandeza y dignidad, que los hace de un orden mas elevado. Mientras los animales no conservan su afecto hácia sus pequeñuelos, sino por el tiempo en que éstos no pueden acudir á sus necesidades, la madre entre los hombres no pierde el cariño á sus hijos en toda su vida; y al paso que en los brutos este amor tiene por único objeto la conservacion, en la muger se combina con mil sentimientos que se estienden á todo el porvenir del hijo, y que engendrando continuamente el temor y la esperanza, llenan de amargura el corazon de la madre, ó le inundan de gozo y de ventura. (V. la *Lógica*, lib. I, cap. III.)

152. La facultad del sentimiento tiene íntimas relaciones con la moral; y así me reservo para aquella parte de la filosofia el hacer otras observaciones que no serian propias de este lugar.

CAPITULO XIX.

Escala de los seres.

153. La sensacion, en cuanto representa objetos, no es un acto de inteligencia, pero se puede decir que forma el grado mas infimo del conocimiento, si este nombre quisiéramos dar al hecho de representarse un objeto en la conciencia de un ser perceptivo.

154. Observando la cadena de los seres inferiores á los intelectuales, podremos establecer la siguiente escala: seres sin conciencia de ninguna clase como lo son todos los inorgánicos y aun los vegetales; seres con conciencia puramente subjetiva, como lo seria un animal cuyas sensaciones no le representarían ningun objeto, como fueran las de hambre, sed, calor, frio ú otra afeccion cualquiera, grata ó dolorosa. Seres con conciencia representativa, esto es, que tengan sensaciones tales que no sean solo hechos absolutos en ellos, sino que se refieran á algun objeto representándole.

155. Así tenemos que la conciencia es una perfeccion añadida al ser, y la sensacion representativa es un gran progreso en esta conciencia. Lo insensible es, pero no experimenta su propio ser; tiene relaciones, sufre mudanzas, mas no experiencia de ellas. El ser con conciencia no solo es, sino que experimenta su propio ser, y las mudanzas que en el mismo se verifican: al ser sin conciencia todo le es indiferente; para el de conciencia hay un bien ó malestar; el primero se hallará en medio de infinitas relaciones, del mismo modo que si no tuviese ninguna; el segundo experimenta los efectos de estas relaciones y las busca ó las huye.

156. Pero cuando la sensibilidad se eleva á representacion, es algo mas que la experiencia de un fenómeno puramente subjetivo: el ser que la posee sale en cierto modo de sí mismo, ó mas bien tiene en sí propio á otros seres, en cuanto se hallan representados en él. El ser sensitivo no se limita entonces á un orden de fenómenos puramente experimentales para sí mismo: es una especie de punto en que se reúnen los objetos, un espejo en que se refleja el mundo corpóreo; pero un espejo que se ve á sí propio, que siente el admirable fenómeno que en él se verifica.

157. Elevada la sensibilidad á este punto, se halla, por decirlo así, en los confines de la inteligencia; pero esos confines están todavía separados por un abismo: el conocimiento sensible es hermoso, brillante, si se le considera en sí solo; mas si se le compara con el intelectual, su resplandor se oscurece, como se eclipsan las estrellas al levantarse sobre el horizonte el astro del día.

158. A cada orden perceptivo corresponde otro afectivo de inclinaciones; y así es que acompañan al sensible los apetitos sensibles, como al intelectual la voluntad. Esta se eleva sobre aquellos tanto como la inteligencia sobre la sensacion. Los apetitos sensitivos son ciegos, buscan el objeto por el placer ó el dolor; la voluntad se dirige por la razon y la moral. Los seres que solo tienen sensibilidad, se arrastran por el polvo, ó solo vuelan como ave ramera; los intelectuales se remontan por las alturas con el ímpetu del águila, y se esconden en las nubes del cielo: aquellos no salen del momento presente, éstos dilatan su vista por las regiones de la eternidad.